

LA FILOSOFÍA, HOY (III)

# La filosofía del lenguaje al final del siglo XX

**E**n su estilo y desarrollo contemporáneos la actual filosofía del lenguaje es herencia de, y reacción frente a, las doctrinas de dos de las grandes figuras de la transición filosófica del siglo pasado al presente: Gottlob Frege y Edmund Husserl. La idea del lenguaje que ambos contribuyeron a perfilar tiene un talante nítidamente metafísico. El lenguaje fue considerado por ellos como el medio por el que se accede a un ámbito metafísico *sui generis*: el del significado, el de los conceptos y pensamientos puros. Y es también el medio por el que lo compartimos con aquellos con quienes nos comunicamos. Para Frege y Husserl resultó necesario separar la esfera del pensamiento del mundo (subjetivo) de la conciencia y del ámbito de la naturaleza, si se quería salvaguardar su objetividad. (De ahí el uso anterior del adjetivo 'puros'.) El estudio del significado se aliaba así, mejor que con la ciencia natural o social, con la lógica y la matemática.

Esta imagen fue pronto puesta en tela de juicio. De hecho, en



**Juan José Acero Fernández** (Madrid, 1948) es Licenciado y Doctor por la Universidad de Barcelona y catedrático de Lógica de la Universidad de Granada. Autor de libros como *Filosofía y análisis del lenguaje* (1985) y *Lenguaje y filosofía* (1993), y de numerosos artículos y colaboraciones en publicaciones de la especialidad.

---

\* BAJO la rúbrica de «Ensayos», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia, →

una parte de sus logros la filosofía del lenguaje del último siglo se ha hecho cargo de buena parte de las dificultades y olvidos a que da lugar esa imagen; y ha colmado también algunos de sus silencios. Como es de esperar, todo ello ha puesto sobre la mesa muchos problemas ajenos al pensamiento de Frege y de Husserl.

### *Mundos posibles: significado y metafísica*

Un tema clásico, cuyo despliegue ha tenido lugar desde los años sesenta, es el del vínculo entre significado y posibilidad. Tanto Frege como Husserl distinguieron el significado (o sentido) de una expresión de lo que podría designar: su referente. ('Granada' designaría en gran parte de sus usos una ciudad del sur español; para muchos hablantes significaría, además, algo que expresaría quizás una descripción como 'la ciudad de la Alhambra'.) Sin embargo, la idea misma de significado resultó escurridiza. Existe toda una tradición, en la que encontramos los nombres de Carnap, Quine o Davidson, que considera la idea de significado caldo de cultivo de profundos errores filosóficos y científicos. Otros autores, como Hintikka, Kripke o David Lewis, han entendido que la mejor forma de desentrañar su contenido insistía en ligar su sino al de la noción de posibilidad o *mundo posible*. La intuición que les guía es simple. Conocer el significado de una oración supone comprender las circunstancias en que sería verdadera. No tan sólo las circunstancias reales, sino también las circunstancias posibles. Entender la oración 'John Kennedy ganó las elecciones presidenciales de 1960' equivale a saber que la oración es verdadera dado el curso real de los hechos de la política norteamericana; y saber que sería falsa de haber ganado Nixon las elecciones de 1960. (Si la oración no es enunciativa, es decir, no describe un estado de cosas o situación, sino interrogativa o imperativa, la cosa no cambia sustancialmente: conocer su significado supondría comprender las circunstancias, reales o posibles, de respuesta, cumplimiento o satisfacción.)

Intuiciones como ésta que acabo de expresar mediante la noción

→

Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles. Teatro español contemporáneo. La música en España, hoy. La lengua española, hoy, y Cambios políticos y sociales en Europa. 'La filosofía, hoy' es el tema de la serie que se ofrece actualmente. En números anteriores se han publicado ensayos sobre *La ética continental*, por Carlos Thiebaut, catedrático de la Universidad Carlos III, de Madrid; y *Actualidad de la filosofía política (Pensar la política hoy)*, por Fernando Quesada Castro, catedrático de Filosofía Política en la U.N.E.D.

## LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE AL FINAL DEL SIGLO XX

de 'mundo posible' han dado lugar a un intensísimo debate en el que se han escrito algunas de las mejores páginas en el terreno fronterizo de la filosofía del lenguaje y la metafísica contemporáneas. El debate ha enfrentado distintas formas de entender el estatus de eso que llamamos mundos posibles. David Lewis, por citar un posicionamiento extremo, ha propugnado que los mundos posibles son mundos como el real, pero que se hallan desconectados causalmente los unos de los otros, así como del mundo real. Por esto último, no puede haber instrumentos –telescopios, digamos– con que detectar la existencia de otros mundos posibles. Su existencia nos es conocida por vía racional. Si es verdad que las cosas podrían ser de otro modo, si creemos que Kennedy pudo haber perdido las elecciones de 1960 o que sir Robert Scott pudo haber llegado al Polo Sur antes que Amundsen, hay un mundo posible en el que Kennedy perdió las elecciones de 1960 y un mundo posible en que Scott llegó primero al Polo Sur. Otros autores, como Robert Stalnaker, creen más bien que las posibilidades son *propiedades* de nuestro mundo real, que es el único existente. Es el mundo lo que podría haber sido de otra manera. Otros, como Saul Kripke, son constructivistas y sostienen que los mundos posibles no se describen, sino que postulan (por ejemplo, a efectos del análisis semántico).

El debate, espero que se aprecie, arranca de un problema heredado de Frege y Husserl. Lo más valioso de él es que ha hecho posible ahondar en el vínculo entre significado y posibilidad. Y eso ha rendido sus frutos, tanto filosóficos como científicos. Por ejemplo, el vínculo permite presentar una concepción abstracta del lenguaje muy elegante, que ha hecho posible un notable desarrollo de la teoría del significado. Algunas de las líneas creadas, como la gramática de Montague o la semántica dinámica, nos sitúan en la vanguardia de la investigación semántica. Otras han producido un notable avance en la comprensión de la naturaleza de la causalidad, de las leyes de la naturaleza, la modalidad, la identidad de las cosas, de su individuación, la naturaleza de la creencia y un largo etcétera. Quien piense que estos clásicos problemas de la metafísica quedaron enterrados tiempo atrás tiene mucho trabajo por delante.

### *El camino de la referencia*

Una segunda vía de renovación de la filosofía del lenguaje de

Frege y Husserl afecta a la otra noción clave distinguida por Husserl y Frege: la de referencia o designación. Frege explicaba la diferencia de significado de dos términos como una diferencia en el *modo de darse*, de presentar o de pensar en el objeto designado. Según esa opinión, por ejemplo, 'Granada' y 'la ciudad de la Alhambra' tendrían el mismo referente, designarían la misma ciudad, pero lo presentarían cada una de ellas de un modo peculiar. La conexión entre significado y referente sería ésta: el significado determina el referente. Y quien conoce un significado de un término conoce un modo de darse su referente. Esta particular manera de conectar ambas facetas semánticas sigue siendo objeto de discusión de la filosofía del lenguaje más reciente. Dos son las vías por las que se está llevando a cabo la renovación de la posición clásica.

Una vía es la de la admisión de que hay modos de presentación que no son estrictamente conceptuales; es decir, hay una suerte de contenido (o significado) no conceptual. Mientras que el contenido conceptual afecta al modo en que un posible agente juzga sobre la verdad de esto o de aquello, el contenido no conceptual tiene que ver con la forma en que el agente se ve a sí mismo situado en el mundo y en cómo redonda ello en el sentido de sus acciones. Gareth Evans y Christopher Peacocke han sido quienes más han hecho por el reconocimiento de esta especie de contenido. Es característico de esta segunda clase de significado el quedar codificada lingüísticamente en expresiones demostrativas ('yo', 'aquí', 'ahora', etc.). Según un famoso análisis de Evans, el pronombre personal de primera persona no funciona tan sólo como vehículo de la autorreferencia (es decir, como medio por el que el hablante se refiere a sí mismo). Además, 'yo' es una fórmula verbal con la que rotulamos un variado haz de capacidades para centrar las cosas alrededor de nosotros mismos, y según nuestras cambiantes perspectivas, para movernos entre esas cosas en un espacio egocéntrico y para formar juicios basados en tales capacidades y en un mapa centrado en el punto que nuestra posición fija. Puesto que la posesión y el ejercicio de esas habilidades no entraña que se posea al mismo tiempo la capacidad de describirse a uno mismo según categorías que dependan menos de la propia perspectiva —categorías profesionales o legales, supongamos—, se entiende que en un ataque de amnesia alguien pueda verse a sí mismo como la persona que está *aquí*, vestida *así*, con *este* aspecto, sin saber quién es: es decir, ni cómo se llama ni quiénes son sus padres ni dónde vive. Admitido todo esto, se entenderá hasta qué punto pende sobre la separación

## LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE AL FINAL DEL SIGLO XX

entre semántica y psicología, un dogma para Frege y Husserl, la espada de Damocles.

La segunda vía está asociada al rechazo del principio de que el significado de un término determina a qué nos referimos al usar este término. Su impugnación ha dado lugar a algunos de los hallazgos más novedosos de la filosofía del lenguaje de la segunda mitad de siglo. El rechazo se funda en la intuición, a la que más que nadie han dado forma Saul Kripke y Hilary Putnam, de que la referencia de las expresiones lingüísticas «no está en la cabeza». El eslogan apunta a que nuestra capacidad de referirnos, en el uso de nuestros nombres propios (y otras expresiones), a personas, ciudades, lugares, objetos o sustancias depende de hechos naturales e institucionales cuyo conocimiento por el hablante no resulta obligado. Y atenta contra la concepción de que si nos referimos a algo al usar un nombre propio ('Cristóbal Colón'), es porque asociamos ese nombre a una o más descripciones que creemos que lo caracterizan unívocamente (como 'el primer occidental que pisó tierra americana', digamos).

En sus famosas conferencias de 1970 Kripke aventuró una explicación bien distinta de por qué con el uso de ciertos nombres propios nos referimos a cierta persona, lugar o lo que sea. La clave residiría en la formación de *cadena causal de transmisión del referente*. En el inicio de la cadena, una persona o lo que sea quedaría ligado a un nombre en una ceremonia de bautismo en la que un hablante establecería el vínculo; los distintos escalones se irían creando después al pasar el nombre de un hablante a otro, hasta alcanzar un uso suyo actual. Con este uso designaríamos el objeto presente en el inicio de la cadena causal. Explicaciones del vínculo referencial como ésta, que acabo de presentar en esbozo, constituyen desarrollos a un problema presente clásico, pero evitan recurrir a un mundo de conceptos y pensamientos puros para explicar la forma en que el lenguaje y la realidad extralingüística se tocan.

### *La facultad del lenguaje*

Pero ha sido por otros caminos por donde han llegado a la filosofía del lenguaje problemas insospechados para Frege y Husserl. Difícilmente puede hoy negarse aquello por lo que Noam Chomsky ha pugnado desde mediados los años cincuenta, a saber: que el lenguaje es una facultad, que madura en nosotros como el sistema lo-

comotor o el respiratorio. Dando título a uno de los libros más sobresalientes de los últimos años, Steven Pinker ha hablado del instinto del lenguaje. Chomsky ha expuesto recientemente esa doctrina mediante una distinción entre el *lenguaje-E* (o lenguaje exterior) y el *lenguaje-I* (o lenguaje interior). El lenguaje-E lo constituye un conjunto de preferencias lingüísticas y actos de habla, y su estudio se ocupa de ciertos patrones (más o menos) regulares de la conducta humana. Lo que explica nuestra competencia lingüística debe buscarse en el lenguaje-I, un estado cognoscitivo de la mente/cerebro de cada miembro normal de una comunidad lingüística que le capacita para entender y producir un conjunto potencialmente infinito de preferencias y actos de habla. Semejante estado es la resultante de un proceso, que culmina hacia los seis o siete años de edad, regido por dos factores: el estado inicial de un módulo del cerebro (a veces denominado *gramática universal*) y el tipo de experiencia lingüística con la que se topa el futuro hablante. No estamos programados para hablar japonés en vez de español. Pero si nacemos en el seno de una familia japonesa, tendremos mucho a nuestro favor para acabar hablando japonés; y si lo hacemos en el seno de una familia hispanoamericana, para acabar hablando español.

Con la perspectiva que nos otorgan casi cuatro décadas de investigación del lenguaje-I, podemos afirmar que lo que otorga máxima relevancia filosófica a la doctrina de la facultad del lenguaje son fundamentalmente dos cosas. En primer lugar, que el estudio del lenguaje-I se ha erigido en uno de los baluartes del principio cognitivista de que los procesos y los estados mentales son procesos y estados *computacionales*, procesos y estados definidos por relación a representaciones simbólicas. El cerebro sería, por tanto, un procesador de símbolos. Chomsky entendió el carácter computacional de esos procesos como característico de su descripción, y la teoría lingüística como el proyecto de describir los estados del lenguaje-I a cierto nivel de abstracción. Pero algunos de sus seguidores, Jerry Fodor en particular, han tomado un partido realista donde Chomsky ha sido instrumentalista siempre. La heterodoxia, si así se la quiere ver, se ha hecho muy popular gracias a la hipótesis de que los procesos mentales son computacionales; y que, por tanto, consisten en operaciones efectuadas sobre las expresiones de una *lingua mentis* o código interno. El auge de la psicología cognitiva ha dejado, puede verse, una fuerte impronta en la filosofía reciente.

## LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE AL FINAL DEL SIGLO XX

La doctrina de la facultad del lenguaje ha otorgado también un impulso, insospechado hasta hace bien pocos años, a una actitud naturalista hacia el lenguaje. Esto ha significado que de verse el lenguaje como la más elevada y compleja realidad resultante de la innovación cultural y de la interacción social, muchas de sus principales características se juzgan ahora resultados de una adaptación evolutiva. Recuérdese que el tema del origen del lenguaje llegó a proibirse en el siglo pasado por acientífico. Ese estigma ha sido borrado por la acción conjunta de la lingüística, la psicología y la paleoantropología. El lenguaje es visto como un *sistema secundario de representación* con acceso propio a otros módulos mentales (como, por ejemplo, un módulo de solución de problemas) que confiere a los miembros de la especie *homo sapiens* la capacidad de representarse lo que no tienen presente, lo que simplemente no ha sucedido, pero que puede acontecer, con todas las ventajas que ello supone. En este punto encajan entre sí con naturalidad una actitud naturalista hacia el lenguaje y la intuición fundamental de la semántica de mundos posibles, aludida más arriba.

### *Seguir una regla*

El naturalismo al que acabo de referirme no puede alcanzar, sin embargo, a la totalidad de las áreas del lenguaje. El diccionario parece ser una de estas áreas. Es cierto que la estructura argumental de las entradas del diccionario son parte esencial del género de competencia cifrada en el lenguaje-I. Pero no sólo es el diccionario el reino de la irregularidad aparente, sino que resulta mucho más discutible que los significados de las palabras hayan sido anticipados de algún modo en el punto de arranque de las operaciones de la facultad del lenguaje. (Pero hay quien piensa, como Fodor, que todos nuestros conceptos tienen un origen innato.) En este punto, uno puede sentirse tentado a considerar la explicación fregeana de la adquisición del significado, que recurre a una facultad *sui generis* de aprehensión de significados. La filosofía del lenguaje de la segunda mitad de siglo ha buscado alternativas más iluminadoras. Y desde que Ludwig Wittgenstein escribiera en sus *Investigaciones filosóficas* que para una gran clase de casos el significado de una palabra es su uso, ha dominado la convicción de que conocer el significado de una palabra consiste en la capacidad de seguir reglas.

La naturaleza del seguimiento de reglas ha ocupado un lugar destacado en la filosofía del lenguaje de los últimos años. Ello se ha debido en parte a que el tema contiene la clave de diversos e importantes problemas filosóficos. Y no sólo de filosofía del lenguaje, sino de metafísica, ética, epistemología o filosofía de la mente. En otra buena medida, se ha debido también al modo en que entendía Wittgenstein el seguimiento de reglas, que abiertamente contradecía la explicación clásica, tanto racionalista como empirista, de la cuestión. Seguir una regla era para él una práctica, una costumbre o regularidad. Y su aprendizaje, la adquisición de una técnica, algo que logramos mediante ejemplos, ensayando respuestas y corrigiendo errores; o que simplemente adquirimos sin darnos cuenta. Una forma compleja de conducta que no viene regida por forma alguna de visión o reflexión intelectual.

Toda esta temática, tan característica de la filosofía del lenguaje de los años sesenta y setenta, se ha visto renovada después de que Kripke atribuyera a Wittgenstein –hoy parece claro que erróneamente– una suerte de paradoja que ha situado toda esta temática en una tesitura extrema. La paradoja se origina en la indeterminación en que se encuentra quien cree y sostiene haber seguido una regla, digamos que R. Puesto que el seguimiento sólo se ha producido forzosamente en un número finito de casos, ¿qué razón avala que hayamos seguido R y no una regla diferente, R', que prescribiría lo mismo que R para los casos *surgidos en el pasado*, pero que diferiría de R a propósito de los nuevos? Del debate al que ha dado lugar el análisis de la paradoja han emergido dos concepciones del seguimiento de reglas. La que considera que conocer el significado de una palabra o el estar en posesión de un concepto es una disposición o habilidad; y como tal, algo cabalmente explicable dentro de una concepción materialista de lo mental. (Aprender a seguir R y aprender a seguir R' equivaldría a la adquisición de dos disposiciones.) Y la que entiende que seguir una regla es eso *más* el obrar en conformidad con una norma o pauta compartida en un grupo. Ambas nociones no casan bien entre sí porque significados y conceptos tienen una dimensión normativa. Para algunos la normatividad es un carácter que sólo se posee extrínsecamente, por relación a una pauta social, y una disposición no puede trascender la barrera que separa al *es* del *debe*. Con ello, los partidarios de la concepción comunitaria del seguimiento de reglas han convergido con propuestas procedentes de la tradición filosófica continental. Hay una clara sintonía de espíritu entre esa propuesta y la doctrina

## LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE AL FINAL DEL SIGLO XX

de Jürgen Habermas de que sólo la satisfacción de exigencias de igualdad ética puede convertir una preferencia verbal en un acto de habla propiamente dicho; y lo mismo puede afirmarse de la conocida doctrina de Karl-Otto Apel de que la posibilidad de seguir una regla *nueva* estriba en que el agente en cuestión obre, en las circunstancias del caso, en conformidad con lo que sería el dictamen de una comunidad ideal de comunicación, una comunidad libre de prejuicios que disponga de la totalidad de la información pertinente.

Para el lector culto, la confrontación entre estas posiciones guarda un cerrado paralelismo con la polémica, más familiar y recurrente, sobre si cabe dar una explicación naturalista de las normas morales. Ambos litigios no pueden ser resueltos sin que se conozcan los condicionantes biológicos, psicológicos y sociales de los cuales sobrevienen las normas morales y las reglas lingüísticas.

### *El significado del hablante*

Las últimas coordenadas de la reciente filosofía del lenguaje de las que quiero hacerme eco aquí las establece una distinción que se ha impuesto en la última década: la que opone el significado de palabras al significado del *hablante*, lo que las palabras *significan* a lo que los hablantes *quieren decir* con ellas. A finales de los años cincuenta John Austin puso suficientemente de manifiesto que todas las palabras son por igual medios de *hacer* cosas. Su conocida distinción entre actos *locutivos*, con los que expresamos contenidos de todo tipo, *illocutivos*, como los de prometer o preguntar, hechos al proferir ciertas palabras, y actos *perlocutivos*, que llevamos a cabo por haber realizado un acto *illocutivo*: actos como intimidar, por el hecho de haber formulado una pregunta, no sólo es un hallazgo perenne de la filosofía contemporánea, sino un capítulo obligado de una nueva disciplina: la pragmática. Las contribuciones de John Searle a la teoría de los actos de habla, para muchos el punto de referencia hoy de esta línea de análisis filosófico, constituyen un desarrollo matizado de esa primera tarea de desbroce efectuada por Austin.

Un segundo y definitivo punto de ruptura lo abriría Paul Grice al tratar de mostrar que el significado de nuestras palabras es analizable en términos de estados psicológicos complejos, denominados intenciones comunicativas o intenciones-G (por Grice). (Los

seres humanos seríamos, por tanto, hombres-G.) Grice propuso la fórmula de que una intención comunicativa persigue comunicar algo por medio del reconocimiento de esa intención, y la fórmula ha hecho fortuna (incluso tras haber reconocido el propio Grice que ciertos casos insidiosos, pero poco comunes, se resisten a encajar en ella). La importancia de la categoría de significado del hablante se manifiesta por distintas vías. Su reconocimiento ha permitido otorgar carta de naturaleza a fenómenos que hasta el momento o bien se ignoraban o bien se confinaban en los arrabales del análisis literario, la retórica o los caprichos de la psicología humana. En particular, el fenómeno de la denominada *implicatura conversacional*, en el que un hablante da a entender algo haciendo como si transgrediera ciertos principios de cooperación con sus interlocutores —¿por qué quien profiere: ‘Luis se ha citado con una mujer en las afueras de la ciudad’ da a entender que esa mujer ni es su madre ni su esposa ni una hermana suya?—, ocupa ahora un lugar central en una imagen del uso del lenguaje mucho menos inconexa. Además, la posibilidad de incorporar a esta categoría muy diversos ejemplos de lo que tradicionalmente eran consideradas figuras retóricas, como metáforas o metonimias, no ha hecho sino multiplicar la significación de la categoría de significado del hablante.

Un segundo efecto de esta mayor articulación teórica es el de disponer de un concepto de comunicación menos rígido e ingenuo que el barajado décadas atrás. (A ello han contribuido también David Lewis o Dan Sperber y Deirdre Wilson.) De la idea de que la comunicación depende de que se comparta una clave hemos pasado a la convicción de que las capacidades de los hablantes y oyentes para inferir las intenciones-G de sus interlocutores son esenciales en el hecho comunicativo. El clásico *modelo del código* se ve así complementado por el *modelo inferencial*. Alguna combinación de ambos parece obligada, pues un código lingüístico resume un sistema común de convenciones que facilita la realización y la interpretación de intenciones comunicativas muy complejas.

Partimos de la idea de que las lenguas son otras tantas maneras de vincular oraciones con posibilidades. Después hemos puesto sustancia en ese esquema: los vínculos no caen del cielo, sino que se establecen mediante complejos principios innatos, intenciones-G, más o menos solidificadas en códigos, habilidades inferenciales e instituciones de todo tipo. Todo ello ayuda a crear una imagen no del todo desenfocada del punto en que se halla la filosofía del lenguaje al final del siglo XX. □